

DEL ARCO:

LO QUE QUEDA EN EL TINTERO

poco que contar

La televisión es el mejor escaparate para descubrir caras nuevas. A la jovencita María de los Angeles de las Heras, llevada de la mano del presentador Uribarri, la pantalla pequeña le ofreció la oportunidad de que se fijaran en su sonrisa de dieciséis años y la propusieron nada menos que montar una película para ella. Así ha nacido a la vida artística Rocío Dúrcal, seudónimo poco afortunado de la criatura. He conocido a la chica al natural, con su papá de testigo. Sus pocos años, sin historia alguna, no ofrecen, naturalmente, ningún interés. Pero esto no es obstáculo para que haya sido protagonista de una película. Todo es cuestión de ponerla delante de una cámara y decirle lo que tiene que hacer; si lo hace bien a la primera, vale y si no, repetir la «toma» hasta que salga bien. No sé hasta qué punto es conveniente para los intereses publicitarios de los que han lanzado este film, hecho a la medida de esta muchacha, la exhibición y llevarla de un lado a otro sometiénola a la tortura de los interrogadores; porque una cosa es la personalidad adjudicada en el personaje de su papel cinematográfico y otra la propia e íntima personalidad de una chica que por no haber vivido no tiene nada que contar. Y, claro, no dice nada...



ROCÍO DURCAL
película a su medida

zilahy,
un americano
de húngria

Lajos Zilahy me dijo: «Puedo dormir bien, tengo apetito, buena vista y oigo bien; del corazón no padezco. Pero ya no puedo reír como antes». Y antes de pronunciar esta frase me había advertido que no quería hablar de política. Le pregunté entonces por qué no reía y me contó que en una ocasión le habían presentado a una señora inglesa y le dijo: «Señara, soy un súbdito americano, escritor americano y escribo en inglés. Pero estas tres cosas no son verdad, sencillamente porque nací en Hungría». Ahora Lajos Zilahy, después de haber vivido medio siglo en Hungría, tiene miedo de que ya no pueda ser un americano ciento por ciento. El autor de «Cárceles del alma», «Primavera mortal», «Los Dukay» y tantas otras novelas de éxito, vive continuamente en el drama de no encontrarse a sí mismo; porque, húngaro de corazón, ha perdido toda esperanza de volver. Por eso viaja constantemente. Lo he visto recién llegado de Estocolmo, de un Congreso de escritores exilados de todo el mundo, y tiene la idea obsesiva de su patria de nacimiento y se acerca hasta donde puede. Ha estado en Belgrado; todo es res-

pirar aires cercanos a ese lugar que ve tan lejos. Y procura remediar algún mal de los que, como él, sufren la separación: «¿Conoce usted a alguien que pueda contratar a una cantante que ha salido de allá?», me preguntó y atendí, en lo que pude, su recomendación. Lajos Zilahy está recorriendo ahora Europa. El es europeo y no lo puede remediar. Y es húngaro y no lo puede ocultar, y tiene su casa en Budapest y le martiriza la idea de verla habitada por otro. Se le humedecieron los ojos refiriéndome que había visto la casa, su casa: fue en vuelo, iba de Viena a Belgrado y por uno de estos fenómenos atmosféricos, el avión tuvo que modificar su ruta y voló por encima de la capital de Hungría. «Era un día claro —dice—, con el sol espléndido; conté los puentes sobre el río, uno, dos, tres; a la derecha estaba mi casa. La vi.» Había estado en el cielo de Hungría. Me dio pena oírlo...

**una pareja
que se entiende**

Xavier Cugat y Abbe Lane ofrecen para el diálogo periodístico infinidad de

posibilidades, cada uno por su lado. Pero juntos, aún más. Planté el careo, poniendo las cartas boca arriba; el tema de la conversación iba a ser: ellos, matrimonio. Xavier Cugat, que no tiene ni un pelo de tonto, ni aun el postizo, aceptó. Abbe Lane, que es más inteligente que bonita, que ya es decir, no puso ningún inconveniente. Y cada uno mantuvo en esta inquisitoria su papel. Cugat está al cabo de la calle de la admiración que despierta su mujer y sospecho que se siente orgulloso fomentándola. Ella mantiene el tipo; quiero decir que se conserva en toda la línea, cuidando lo que la madre naturaleza le dio en tan delicadas proporciones: Xavier Cugat está acostumbrado a que delante de él le llamen guapa a su mujer; y esto no le ofende, le halaga. Sencillamente es eso...

**sin enseñar nada,
gustaba mucho**

A pesar del tiempo que Conchita Velasco lleva de vida artística no había tenido ocasión de conocerla hasta ahora, por un motivo muy insignificante que

la colocaba en la actualidad: una de esas cachupinadas, o «vino español», que tanto se prodigan y a los que casi nunca voy y no fui; pero la entrevisté con este pretexto. Y me hizo gracia porque, según confesión de ella, desde hace tiempo esperaba que le hiciera una entrevista. Tengo mucha prisa en decir que Conchita Velasco, en frase gráfica, es pero que «muy larga». El que no la conoce, la imagina una ingenua. Y con esto no quiero ofenderla, sino al contrario. Le dije que era cerebral y mujer de cálculo, después de charlar con ella un rato. Creo que acerté. Y no es que la experiencia adquirida entre focos le haya hecho cambiar, no. Conchita Velasco debía de ser así, cuando enseñaba levemente sus pantorrillas con aparente ausencia de picardía. Sabía que, sin enseñar nada, gustaba más. Y me parece bien su proceder. Le dije que la mujer que había en ella sacrificaba sus veinticuatro horas a la artista. Y aunque no lo confesó, no lo negó. Conchita Velasco quiere ser actriz, primera actriz, primerísima actriz y lo será, porque pone los cinco sentidos. Y con el pasaporte de su simpatía, lo disfraza todo. Ella sabe lo que se hace...



XAVIER Y ABBE
impermeables a la indiscreción



CONCHITA VELASCO
cerebral y calculadora